

Sobre "Los que van quedando en el camino"
(Prólogo en el libro publicado en 1969)

En este teatro —al decir de Hugo—, la multitud se convierte en pueblo. Cada personaje encarna instintos, pensamientos en lucha, dentro de una obra concebida a la luz y ola sombra de una furiosa dialéctica contradictoria. Es un drama social, apto para ser representado en la plaza. Agitador y político, en el sentido brechtiano. Es decir, parte de la exposición crítica de la realidad para transformarla, una vez que los hombres tomen conciencia de que pueden y deben destruir lo insostenible. He sido lector y espectador de "Los que van quedando en el camino".

Como parte del público me he sentido virtualmente asaltado. Agarran por el cuello la emoción y la ira. La indignación y la pena. Lección de una iniquidad tremenda, que clama, más que al cielo, a la tierra, por la tierra para los que la trabajan. La concurrencia experimenta la sacudida. Grita, llora. O sea, una legítima pieza, eficaz, que estalla en la comunicación directa, como una bomba. Nadie puede quedarse frío. Habla al sentimiento, a la voluntad, llama a hacer algo. Es el anverso, la negación del mero entretenimiento, del solaz pasajero para un gusto dudoso e inestable. Y también, del reino del absurdo y de la "élite". Incursiona en el corazón desgarrado. Y se dirige a la creación de una cultura popular. Se vincula al pensamiento y a la auténtica inquietud de nuestro país y de nuestro tiempo.

Está comprobado que Isidora Aguirre es capaz de hacer cualquier teatro. El de la diversión fina como la comedia más espectacular y taquillera. Pero al éxito de los grandes auditorios fáciles y gigantescos que compran boleto para un viaje de huida de un par de horas lejos de la realidad agria de su existencia, ella ha preferido, en "Los Papeleros" y más en "Los que van quedando en el camino" hablarle directamente al pueblo de su verdad y no de su ilusión. No quiere ser traficante en drogas. La multitud que aplaudió y sigue aplaudiendo "la Pérgola de las Flores" Probablemente no se la misma que ovaciona entre lágrimas su producción ulterior, pero pertenece a la categoría de esa muchedumbre más activa y creadora: la que llorando se enfurece. Así se plasman las manifestaciones iniciales de una revolución en el teatro chileno, ansiosa de sensibilizar a los auditorios no en el arte de la fuga sino en la autoconciencia de la propia situación y del deber de actuar.

Es cierto que los fogonazos de la muerte sellan la insurrección campesina en Ranquil. Y que los fantasmas atormentan a la mujer con la pesadilla recurrente que la persigue, recordando la tragedia imborrable. Pero todo con aliento de vida, a ruidos épico, a con el necesario misterio.

Aunque también con la claridad que permite, conforma al objetivo de una dramaturgia realista y crítica, en verdad representativa de los conflictos más agudos de la sociedad contemporánea, señalar la salida y los tramos del camino. De modo que los muertos que se van quedando en él, para invocar las palabras bautismales del Che Guevara, iluminan a los pueblos sobrevivientes, inmortales a pesar de todo. La técnica, de apariencia simple, absorbe, sin proponérselo, sutiles aires respirados en la atmósfera ateniense o isabelina, en el "Teatro de Arte" de Stanislavski, o en "La Abadía" dublinesa. Pero nadie se engañe, al fin de cuentas el resultado es un drama de patente irremisiblemente latinoamericana. Realizado, mediante una elaboración personalísima, por un talento entregado con seriedad a la tarea, escribe un acto nuevo en la historia de nuestra literatura teatral. Ese acto en que el pueblo, como en ciertas piezas de Lope, se planta en el centro de la escena para representar el papel del protagonista dispuesto a tomarse justicia por sus manos.

Volodia Teitelboim